

rado que mi inconstancia le daría pesadumbre, y estaba equivocado; á mi amigo Bacle nada le causaba profunda impresión. Al llegar á Anncey, apenas habíamos entrado en la ciudad, cuando me dijo: «Hete ahí en tu casa;» me abrazó, se despidió de mí, dió media vuelta, y desapareció. Nunca más he oído hablar de él. Nuestras relaciones y nuestra amistad duraron en junto unas seis semanas; pero sus consecuencias durarán mientras yo viva.

¡Cómo latía mi corazón al acercarme á la casa de la señora de Warens! temblábanme las piernas, cubría mis ojos un velo; nada oía, nada veía, ni habría reconocido á nadie; me vi obligado á detenerme varias veces para respirar y volver en mí. ¿Era tal vez el temor de no obtener el socorro que necesitaba lo que me ponía en tal estado? Á la edad que yo tenía entonces ¿produce tal inquietud el miedo de morir de hambre? No, no; lo digo con tanta verdad como orgullo, nunca, en ninguna circunstancia de mi vida, pudieron dilatar ú oprimir mi corazón ni la prosperidad ni la indigencia. En el trascurso de una vida desigual y memorable por sus vicisitudes, sin asilo y sin pan muy á menudo, siempre he mirado con iguales ojos la opulencia y la miseria. En caso necesario, hubiera podido mendigar ó robar como otro cualquiera, pero no turbarme por verme reducido á tal extremo. Pocos hombres habrán sufrido tanto como yo, pocos habrán derramado tantas lágrimas; pero ni la pobreza, ni el temor de caer en ella me han arrancado jamás un suspiro ni una lágrima. Capaz de resistir los vaivenes de la fortuna, mi espíritu no ha conocido otros bienes ni otros males, sino aquellos que no dependen de él; y precisamente cuando no me ha faltado nada de lo necesario, ha sido cuando me he sentido el más infeliz de los mortales.

Apenas me vi en presencia de la señora de Warens, me tranquilizó su semblante. Experimenté una gran conmoción al primer sonido de su voz, me precipité á sus pies, y, en un

rapto de la mas viva alegría, apliqué mis labios á su mano. En cuanto á ella, ignoro si había tenido noticias de mi viaje; pero no vi pintada en su rostro gran sorpresa, ni la menor sombra de disgusto. «Pobre muchacho, me dijo con cariñoso acento, ¿hete aquí, pues, de vuelta? Ya sabía yo que eras harto joven para emprender este viaje; estoy contenta de que á lo menos no haya resultado tan mal como temía.» Luego me hizo relatar mi historia, que no fué larga, y que hice con toda fidelidad, sin perdonarme ni excusarme nada, aunque suprimiendo algunos puntos.

Tratóse en seguida de mi albergue, y al efecto consultó con la doncella. Yo no me atrevía á respirar durante aquella deliberación; mas, cuando oí que dormiría en la casa, con trabajo pude contenerme, y vi conducir mi reducido equipaje al cuarto que me destinaban, poco más ó menos como Saint-Preux vió meter su silla de posta en casa de la señora de Wolmar. Para colmo de ventura, supe que este alojamiento no sería interino, y en un momento en que me creían distraído en otra cosa, oí que decía: «Dirán lo que quieran; pero ya que la Providencia me lo devuelve, estoy resuelta á no abandonarle.»

Heme ahí al fin establecido en su casa. Sin embargo, aun no fué esto el principio de los días felices de mi vida, pero sirvió de preparación. Aunque esa sensibilidad de corazón que nos permite verdaderos goces íntimos, sea obra de la naturaleza, y tal vez un efecto del organismo, necesita situaciones propicias á su desarrollo. Sin esas causas ocasionales, una persona que hubiese nacido muy sensible, no sentiría nada, y moriría sin haberse conocido á sí misma. Tal, ó poco menos, había sido yo hasta entonces, y así probablemente habría continuado si no hubiese conocido á la señora de Warens, ó si, aun habiéndola conocido, no hubiese vivido á su lado tiempo bastante para contraer el dulce hábito de los sentimientos afectuosos que me inspiró. Me atrevo á afirmar que el que solo ha sen

tido el amor no ha sentido lo más dulce que puede experimentarse. Conozco otro sentimiento, tal vez menos violento, pero mil veces más delicioso, que puede hallarse junto con el amor, pero que se presenta con frecuencia separado de él. Este sentimiento no es tampoco solamente amistad; es más voluptuoso, más tierno, y no creo que pueda existir entre personas de un mismo sexo; á lo menos ya he rendido culto á la amistad como el que más, y sin embargo no he experimentado nunca este sentimiento por ninguno de mis amigos. Esto no es muy inteligible, pero ya se aclarará con lo que sigue: los sentimientos no se describen bien sino por sus efectos.

Vivía la señora de Warens en una casa antigua, pero bastante capaz para tener una hermosa habitación de reserva, que tenía destinada á sala de estrado, y allí fué donde me alojaron. Este aposento daba al pasadizo ya citado donde tuvo lugar nuestra primera entrevista; al otro lado del arroyo y de los jardines se extendía la campiña. Este espectáculo no era una cosa indiferente para mí.

Desde mi estancia en Bossey era la primera vez que veía el campo desde mi ventana. Enterrado siempre entre paredes, no había tenido ante mis ojos más que tejados y el color gris de las calles. ¡Cuán agradable fué para mí esta diferencia! fué mucha parte á acrecentar mi predisposición á la ternura. También consideraba aquel hermoso paisaje como uno de los favores de mi cara protectora: me parecía que lo había colocado allí expresamente para mi deleite; allí me situaba yo tranquilamente junto á ella; la veía por todas partes, entre las flores y la verdura; sus encantos y los de la primavera se confundían á mis ojos. Mi corazón, comprimido hasta entonces, se hallaba más á sus anchas en este espacio y mis suspiros se exhalaban más libremente entre aquellos verjeles.

En casa de la señora de Warens no se encontraba la magnificencia que yo había visto en Turin; pero si mucho asco y

una abundancia patriarcal que nunca se aviene con el fausto. Tenía poca vajilla de plata, nada de porcelana; no entraba caza en su cocina, ni vinos extranjeros en su bodega; pero una y otra estaban bien provistas y á la disposición de todo el mundo, y en sencillas tazas de loza ofrecía un café excelente. Cualquiera que iba á visitarla quedaba invitado á comer con ella ó en su casa; y nunca, obrero, transeúnte ó mandadero, salían de allí sin comer ó beber. Su servidumbre se componía de una doncella friburguesa bastante linda, llamada Merceret, de un criado, paisano suyo, llamado Claudio Anet, de que hablaremos más adelante, de una cocinera y dos conductores de alquiler para la silla de manos, cuando iba de visita, cosa que hacía raras veces. Mucho era para una renta de sólo dos mil libras; sin embargo, su reducido peculio, bien administrado, habría sido suficiente en un país donde la tierra es muy buena y muy escaso el dinero. Desgraciadamente nunca fué la economía su virtud favorita; se llenaba de deudas, después pagaba, entraba el dinero por un lado y salía por otro, y así iba pasando.

El modo como estaba montada su casa era exactamente el que yo hubiera escogido; puede juzgarse, por lo tanto, si me aprovecharía de ello con gusto. Lo que más me disgustaba era que teníamos que permanecer mucho tiempo en la mesa. La primera impresión del olor de la sopa y los manjares era para ella muy penosa hasta el punto de que casi le hacía desmayarse, y esta penosa impresión duraba mucho rato, hasta que poco á poco se reponía y hablaba, pero no comía. Hasta después de media hora, no probaba el primer bocado. Yo habría comido tres veces en aquel intervalo, y hacía rato que había concluido cuando ella empezaba. Para acompañarla, volvía á comer; así es que comía por dos, y no me iba del todo mal. En fin, me entregaba tanto más al dulce goce del bienestar que á su lado experimentaba, cuanto que no iba mezclado con

la menor inquietud acerca de los medios para poder sostenerlo. No estando aún iniciado en la íntima confianza de sus negocios, la suponía en estado de continuar siempre bajo el mismo pie. En lo sucesivo, nunca dejé de hallar en su casa idénticas satisfacciones; pero mejor enterado de su posición real, y viendo que su renta se disipaba, ya no me fué posible gozarlas tan tranquilamente. La previsión ha amargado siempre mis goces. En vano me he preocupado por lo porvenir, porque nunca me ha sido posible evitarlo.

Desde el primer día se estableció entre nosotros la más dulce familiaridad en el mismo grado en que ha continuado el resto de su vida. *Niño* fué mi nombre y el suyo *Mamá*; y siempre seguimos siendo Niño y Mamá respectivamente, aun después que los años hubieron casi borrado la distancia que había entre los dos. Yo creo que estos nombres expresaban perfectamente nuestra posición respectiva, la sencillez de nuestras relaciones y sobre todo la correspondencia de nuestros corazones. Ella fué para mí la más tierna de las madres; jamás buscó su placer, sino mi bien; y si los sentidos se mezclaron en mi afecto hacia ella, no fué ciertamente para cambiar su naturaleza, sino sólo para hacerlo más exquisito, para embriagarme con el encanto de tener una mamá joven y hermosa que me complacía en acariciar; digo acariciar, al pie de la letra, porque nunca trató de escatimarme los besos y las más tiernas caricias maternas, ni jamás entró en mi corazón el deseo de abusar de ello. Se dirá que, no obstante, al fin hemos tenido relaciones de otra especie: convenido; pero es preciso esperar, no es posible decirlo todo de una vez.

El primer instante de nuestra primera entrevista fué el único verdaderamente apasionado que me inspiró; y aun fué un efecto de la sorpresa. Mis indiscretas miradas no se dirigían nunca á escudriñar debajo de su pañoleta, aunque un senoturgente mal velado hubiera podido muy bien atraerlas. **A SÍ**

lado no me acometían deseos ni arrebatos; me hallaba en estado de calma sorprendente, gozando, pero sin saber de qué. Así habría pasado toda la vida y aun la eternidad sin fastidiarme ni un instante. Ella es la única persona con quien no he experimentado nunca esa sequedad de conversación que me hace hallar un suplicio en el deber de sostenerla. Nuestras conversaciones eran una charla interminable, que para acabar tenía que ser interrumpida. Lejos de costarme trabajo hablar, me tenía que violentar para callarme.

Á fuerza de meditar sus proyectos, á menudo caía en una especie de ensimismamiento. Durante esta especie de éxtasis, yo me callaba, la contemplaba, y era el más dichoso de los hombres. Además, tenía yo una especie de mamá algo extraña. Sin pretender los favores de las conversaciones íntimas, las buscaba sin cesar: y el placer que en ellas experimentaba era tal, que degeneraba en furor cuando venía á turbarlas algún importuno. Tan luego como llegaba alguien, fuese hombre ó mujer, salía yo murmurando, porque no podía sufrir la presencia de un tercero. Íbame á contar los minutos en su antecámara, maldiciendo vil veces á los pesados visitantes, y no pudiendo concebir que tuviesen tanto que hablar, porque yo tenía que hablar más todavía.

No conocía toda la fuerza de mi cariño hacia ella sino cuando no la veía. Estando a su lado, no sentía sino contento: pero mi inquietud en su ausencia llegaba al punto de ser insostenible. La necesidad de vivir con ella me hacía prorrumpir en arranques de ternura que á menudo llegaban á hacerme llorar. Siempre me acordaré que un día de gran fiesta, ella había ido á visperas, y entre tanto me fuí á dar un paseo por los afueras, con el corazón enteramente ocupado con su imagen y el deseo ardiente de pasar toda la vida á su lado. Tenía bastante buen sentido para conocer que por entonces era esto completamente imposible, y que una felicidad en que tanto go-

zaba sería de corta duración. Esto comunicaba á mis pensamientos cierta tristeza que, no obstante, nada tenía de sombría, y que era templada por una esperanza halagadora. El sonido de las campanas, que siempre me ha conmovido de un modo singular, el canto de los pájaros, la belleza del día, la dulzura del paisaje, las casas de campo dispersas acá y allá, donde mentalmente colocaba nuestra común morada, todo me impresionaba de una manera tan viva y tierna, tan triste y patética, que me sentí en éxtasis transportado á ese venturoso tiempo y á esa feliz mansión en que, poseyendo mi alma toda la dicha que podía apetecer, la gozaba en arrobamiento inexplicable, sin soñar siquiera en el placer de los sentidos. No recuerdo haber sondeado nunca el porvenir con mayor fuerza é ilusión que en aquellos instantes; lo que más me impresionó de este sueño, cuando lo llegué á ver realizado, fué encontrar objetos tales exactamente como los había imaginado. Si el sueño de un hombre despierto pudo tener jamás el carácter de visión profética, fué aquél seguramente. Sólo me engañé en su duración imaginaria; pues en ella pasaban los días, los años y la vida entera en tranquilidad inalterable, mientras que en la realidad todo esto no duró más que un momento. ¡Ay de mí! la más constante dicha mía fué un sueño, y á su realización siguió casi instantáneamente el despertar.

No acabaría nunca si hubiese de entrar en detalles sobre todas las locuras que me causaba el recuerdo de esa cara mamá cuando la tenía delante de mis ojos. ¡Cuántas veces besé mi cama pensando que se había acostado en ella; los cortinajes, todos los muebles de mi estancia, recordando que le pertenecían, que sus hermosas manos los habían tocado, y hasta el mismo suelo, sobre el cual me prosternaba pensando que ella lo había hollado con sus plantas! Á veces en su misma presencia cometía extravagancias que sólo el más violento

amor parecía capaz de inspirar. Un día, en la mesa, en el momento en que había llevado un bocado á la boca, exclamó que había visto en él un cabello: ella lo dejó caer en el plato y entonces yo lo cogí con avidez y lo tragué. En una palabra; de mí al amante más apasionado había una diferencia única, pero esencial, y que hace mi situación casi inconcebible.

Había vuelto de Italia no enteramente tal como había ido, pero como tal vez nunca la haya dejado ningún joven de mi edad; había vuelto con mi virginidad, aunque no limpio de toda impureza. Con el vigor de la juventud, al fin se había manifestado mi naturaleza ardiente, y su primera erupción, enteramente involuntaria, me alarmó sobremanera, creyéndome presa de alguna enfermedad; lo que prueba, mejor que nada, el estado de inocencia en que hasta entonces había vivido. Empero, ya repuesto, conocí esa peligrosa sustitución que burla á la naturaleza y evita innumerables desórdenes á los jóvenes de mi temperamento, á expensas de su salud, de su robustez, y á veces de su vida. Este vicio, que tan cómodo hallan los tímidos y vergonzosos, tiene además un gran incentivo para las imaginaciones vivas, que consiste en disponer, por decirlo así, de todo el sexo y poder servirse á su antojo de la hermosura que les incita sin necesitar su consentimiento. Seducido por esta funesta ventaja, destruía la buena constitución que había restablecido en mí la naturaleza y á la que yo había dejado tiempo suficiente para formarse.

Añádase ahora á esta predisposición la circunstancia de mi alojamiento actual, viviendo en casa de una mujer hermosa, cuya imagen estaba grabada en el fondo de mi corazón, viéndola continuamente durante el día, rodeado durante la noche de objetos que excitaban su recuerdo, y durmiendo en un lecho donde me consta que ella se había acostado. ¡Cuántos estímulos! El lector que lo considere me juzgará ya medio muerto.

Mas, todo lo contrario; precisamente lo mismo que debía perderme fué lo que me salvó, á lo menos durante algún tiempo. Alucinado por el placer de vivir á su lado, por mi vehemente deseo de pasar así la vida, veía siempre en ella, ya estuviese ausente ó presente, no más que una tierna madre, una hermana querida, ó una agradable amiga. Así la veía siempre, siempre la misma, y sin ver nunca más que á ella. Ocupado completamente mi corazón con su imagen, no cabía otra alguna; era para mí la única mujer que existía; y la extraordinaria dulzura de los sentimientos que me inspiraba, quitando á mis sentidos toda ocasión de revelarse, me preservaba de ella misma y de todo su sexo. En una palabra, yo era prudente porque la amaba. Diga ahora quien pueda de qué especie era mi afecto hacia ella. Lo que yo puedo decir es, que si ahora parece ya muy extraordinario, todavía lo irá pareciendo mucho más.

Pasaba el tiempo lo más agradablemente que pueda imaginarse en las ocupaciones que menos me agradaban: redactar proyectos, poner memorias en limpio, transcribir recetas, elegir hierbas, moler drogas, manejar alambiques. En medio de esto, venían á casa innumerables pasajeros, mendigos ó visitas, de todas clases. Era forzoso dar conversación al mismo tiempo á un soldado, á un boticario, á un canónigo, á una hermosa dama, á un lego. Yo echaba pestes, refunfuñaba, profería improperios y mandaba al demonio toda esa barahunda. Pero ella, que todo lo tomaba á risa, se divertía con mis arrebatos, que le hacían llorar de risa, y lo que todavía aumentaba su alegría era verme tanto más furioso cuanto que yo mismo no podía dejar de reirme. Estos cortos intervalos en que yo tenía el gusto de regañar eran preciosos; y si mientras me estaba quejando, venía otro importuno á interrumpirnos nuevamente, aun sabía sacar partido de ello para divertirse prolongando maliciosamente la visita, y dirigiéndome de cuando en cuando

una mirada de que me daban impulsos de vengarme pegándoles. Ella contenía la risa á duras penas, viéndome, obligado por el bien parecer, lanzarle miradas furibondas, mientras en mi interior, y aun á pesar mío, hallaba estas escenas sumamente cómicas.

Todo esto, aunque en sí no me agradaba, me divertía, porque formaba parte de un modo de ser que me era grato. Nada de cuanto tenía que hacer estaba de acuerdo con mis inclinaciones; pero sí con mi corazón. Creo que hasta me habría llegado á gustar la medicina si la aversión que me causaba no hubiese motivado escenas cómicas que nos divertían continuamente: quizás es la vez primera que este arte haya producido semejante efecto. Yo pretendía conocer en el olor los libros de medicina; y lo raro es que pocas veces me equivocaba. Ella me hacía probar las drogas más detestables. En vano trataba de huir ó resistirme; á pesar de mi repugnancia, de mis horribles visajes, á pesar mío y de mis dientes, cuando veía sus hermosos dedos embadurnados aproximarse á mis labios, no podía menos de acabar por abrir la boca y chupar. Cuando todos los utensilios estaban reunidos en la misma estancia, cualquiera que nos hubiese oído correr y chillar riendo á carcajadas, hubiera creído que allí se representaba un sainete, lejos de imaginar que se confeccionaban opiatos ó elixires.

No obstante, no todo el tiempo se pasaba en esas niñerías. Había hallado en mi cuarto algunos libros: *Le Spectateur*, Puffendorf, Saint-Evremond, *la Henriada*, y, aunque no sentía ya mi antiguo delirio por la lectura, leía un poco para entretenerme. Sobre todo *Le Spectateur* me gustó mucho y me fué provechoso. El abate de Gouvón me había enseñado á leer con menos avidez y más atentamente, de modo que sacaba mejor partido de lo que leía. Así me acostumbré á reflexionar sobre la elocución y las construcciones elegantes, y me ejercitaba en distinguir el francés puro de mis provincialismos. Por ejemplo,

me corregí de una falta ortográfica que cometa, como todos los ginebrinos leyendo estos dos versos de la *Henriada* :

*Soit qu'un ancien respect pour le sang de leurs maîtres
Parlât encor pour lui dans le cœur de ces traîtres.*

Este vocablo *parlât*, que me llamó la atención, me dió á conocer que llevaba una *t* la tercera persona de subjuntivo, mientras que yo lo escribía y pronunciaba *parlá*, como el perfecto de indicativo.

Á veces hablaba de mis lecturas con mamá, ó leía á su lado, lo que hacía con gran placer, y así me ejercitaba en leer bien, y también me fué de utilidad. He dicho que ella poseía una instrucción esmerada. Entonces estaba en toda su lozanía. Varios literatos se habían apresurado á complacerla y le habían enseñado á juzgar las obras literarias. Tenía, permitaseme la frase, el gusto un poco protestante : no hablaba más que de Bayle y tenía en mucha estima á Saint-Evremond, que hacía tiempo había muerto en Francia. Pero esto no obstaba para que conociese la buena literatura y le hiciese justicia. Había sido educada en medio de sociedades escogidas ; y habiendo ido á Saboya, joven todavía, con el agradable trato de la nobleza del país había perdido ese tono amanerado del país de Vaud, donde las mujeres toman la afectación por buen tono y no saben hablar sino con epigramas.

Aunque no hubiese visto la corte sino de paso, una rápida ojeada le había bastado para conocerla. Siempre le quedaron amigos en ella, á pesar de la oculta envidia y de las murmuraciones á que daban pábulo su conducta y sus deudas, y jamás perdió su pensión. Conocía lo que es el mundo, y poseía el talento de saber aprovecharse de ello. Éste era el tema favorito de sus conversaciones y precisamente la clase de instrucción que me era más necesaria, atendidas mis quiméricas ideas. Juntos leíamos á La Bruyère, que prefería á la Rochefaucauld, libro triste y desconsolador, sobre todo para la juventud, que no gusta de ver al hombre tal cual es. Cuando se ponía á moralizar, se elevaba á veces á los espacios imagi-

narios ; pero yo me armaba de paciencia, besándola en la boca ó las manos de cuando en cuando, y no me fastidiaba.

Esta vida era demasiado dulce para que pudiese durar. Yo lo presentía, y el temor de verla acabarse era lo único que turbaba mi goce. En medio de nuestros juegos, mamá procuraba estudiarme ; me observaba, me hacía preguntas, é imaginaba para mí porvenir innumerables proyectos que hubiera yo podido pasar muy bien. Por fortuna no todo consistía en conocer mis disposiciones, mis aficiones, mi capacidad ; era necesario encontrar ó procurar ocasiones de aplicarlos, y todo esto no podía hacerse en un día. La misma opinión exagerada que la pobre se había formado de mi mérito retardaba el momento de ponerlo á prueba y aumentaba la dificultad para escoger los medios. En fin, todo iba á medida de mis deseos, gracias al buen concepto en que me tenía, pero fué preciso caer de aquella altura, y desde entonces, adiós tranquilidad. Vino á verla un pariente suyo llamado señor de Aubonne, hombre muy despejado, intrigante, amigo de proyectos, como ella misma, pero que no se arruinaba con ellos ; una especie de aventurero. Venía de proponer al cardenal Fleury un proyecto de lotería muy complicado que no había sido admitido y se iba á ofrecerlo á la corte de Turin, donde fué adoptado y puesto en práctica. Detúvose en Annecy algún tiempo, y se prendó de la intendenta, señora muy amable, que me agradaba mucho y la única que veía con gusto en casa de mamá. El señor de Aubonne me vió allí ; su pariente le habló de mí ; él se encargó de examinarme, de ver á qué podía dedicarme con ventaja, y, si me encontraba disposición, procurar emplearme.

La señora de Warens me hizo ir á su casa dos ó tres días seguidos, por la mañana, con pretexto de encargos y sin preverirme nada. Él se las compuso muy bien para hacerme hablar, se familiarizó conmigo, hizo cuanto le fué posible para que yo estuviese á gusto, me habló de frivolidades y de diver-

sas materias, todo sin dar á conocer que me observaba, sin la menor afectación y como si, distrayéndose conmigo, hubiese querido conversar sin cortapisas. Á mi me tenía prendado. El resultado de sus observaciones fué que, á pesar de lo que prometían mi exterior y mi animado rostro, era, sino enteramente inepto, á lo menos un muchacho de poco talento, falto de ideas, casi sin instrucción, en una palabra, muy corto bajo todos conceptos, y que á todo lo que podía aspirar era á llegar algún día á cura de aldea. Tal fué el informe que dió á la señora de Warens. Ésta fué la segunda ó tercera vez que así me juzgaban, y no fué la última: el juicio del señor Masserón ha sido á menudo confirmado.

La causa de estas apreciaciones tiene harta relación con mi carácter para que haya necesidad de explicarla aquí; porque, como ya se comprenderá, yo no puedo admitirlas sinceramente, y, con toda la imparcialidad posible, por más que hayan dicho en contra los señores Masserón, d'Aubonne y muchos otros, yo no podría creerles por su palabra.

En mí se juntan dos cosas casi incompatibles, sin que yo mismo pueda comprender el cómo: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas, impetuosas, y lentitud en la formación de las ideas, las cuales nacen en mi mente con gran trabajo, y nunca se me ocurren hasta después que ha pasado su oportunidad. Parece que mi corazón y mi cabeza no pertenecen á un mismo individuo. El sentimiento, más rápido que una centella, se apodera de mi espíritu; pero en vez de iluminarle, me quema y me deslumbra. Lo siento todo, pero nada veo. Estoy como arrebatado, pero estúpido; es preciso que esté á sangre fría para pensar. Lo particular es que, no obstante, tengo bastante acierto, penetración y hasta agudeza de ingenio con tal que me dejen tiempo; haré una improvisación excelente si tengo espacio, pero de repente nunca he sabido hacer ni decir cosa que valga la pena. Podría sostener magni-

fiamente una conversación por el correo, como dicen que los españoles juegan al ajedrez. Cuando leo el rasgo de un duque de Saboya que yendo de camino, se volvió para exclamar: *A vuestro gaxnate mercader de Paris*, pienso: ese soy yo.

Esta lentitud de pensamiento y esta viveza de sensibilidad, no sólo me dominan en la conversación, sino hasta cuando trabajo solo. En mi cerebro, las ideas se ordenan con una dificultad increíble; allí fermentan hasta conmoverme, enardecerme, ponerme en estado febril; y en medio de esta emoción, nada veo distintamente, no sabría escribir una palabra; es necesario que me aguarde. Insensiblemente va cesando ese gran movimiento, se desembrolla el caos, y cada cosa viene á colocarse en su lugar, pero lentamente, y después de una agitación confusa y prolongada. ¿Habéis visto alguna vez una ópera en Italia? En los cambios de decoración de esos grandes teatros, reina un desorden desagradable, bastante prolongado; todo anda revuelto, por todas partes se ve un penoso vaivén, parece que todo se derrumba; sin embargo, poco á poco todo se compone, no falta nada, y se queda uno sorprendido al ver que á tan prolongado desbarajuste sucede un espectáculo maravilloso. Esa maniobra, poco más ó menos, es la que se opera en mi cerebro cuando me propongo escribir. Si yo hubiese sabido primero esperar y en seguida referir con toda su belleza cuanto se me ha presentado así, pocos me habrían aventajado.

De aquí procede esa dificultad extrema que siento al escribir. Mis manuscritos, llenos de enmiendas, embrollados, mezclados, ininteligibles, prueban el trabajo que me han costado. Ni uno solo he dejado de tener que copiarlo cuatro ó cinco veces antes de darlo á la prensa. Sentado á una mesa, con la pluma en la mano y el papel en frente, jamás he podido hacer nada. En el paseo, en la montaña, en medio de los bosques, por la noche en la cama y durante mis insomnios, es cuando

escribo mentalmente; júzguese con qué lentitud, sobre todo careciendo absolutamente de memoria verbal, pues en toda mi vida no he podido retener seis versos. Cláusulas hay que he formado y reformado durante cinco ó seis noches en mi mente antes de estamparlas en el papel. De aquí proviene también que salga más airoso en las obras que exigen trabajo, que no en aquellas que requieren cierta ligereza, como las cartas, género de literatura á que nunca he podido acostumbrarme; de modo que el tener que escribir alguna, es para mí un verdadero suplicio. No puedo escribir una carta sobre los más insignificantes asuntos que no me cueste horas de fatiga, ó, si quiero escribir de corrido lo que se me ocurre, no sé por dónde empezar ni por dónde acabar, y resulta una profusión de palabras larga y confusa, que apenas puede entenderse.

No solamente me cuesta emitir las ideas, sino también el concebirlas. He estudiado á los hombres; y me tengo por bastante buen observador; sin embargo, no sé distinguir nada de lo que veo; no veo claro sino lo que recuerdo, y no tengo penetración más que en mis recuerdos. De cuanto se dice, de cuanto se hace, de cuanto pasa en mi al rededor, nada oigo, nada comprendo. Todo lo que veo es la superficie. Pero después se me representa completo, recuerdo el lugar, el tiempo, el tono, la mirada, el gesto, la ocasión; nada se me escapa. Entonces por lo que se hacia ó decia, conozco lo que se pensaba, y raras veces me equivoco.

Siendo tan poco dueño de mí mismo cuando estoy solo, júzguese cómo debo hallarme en conversación, donde, para hablar á propósito, es preciso pensar en mil cosas á un tiempo, y rápidamente. La sola idea de tantas condiciones, con la seguridad de faltar á alguna de ellas, basta para intimidarme. Ni siquiera comprendo cómo hay quien se atreva á hablar en una reunión de diversas personas; porque á cada palabra sería preciso examinar á todos los presentes, y conocer el carácter

de cada uno y su historia, para estar seguro de que á nadie se ofendía. Con respecto á eso, los que frecuentan la sociedad tienen una gran ventaja; y es que sabiendo mejor lo que conviene callar, están más seguros de lo que dicen; y á pesar de eso, á menudo también se les escapan tonterías. ¿Qué hará, pues, el que se encuentra en ella como caído de las nubes? casi le es imposible hablar durante un minuto impunemente. Cuando la conversación es entre dos personas, se ofrece otro inconveniente que me parece peor todavía, la necesidad de hablar continuamente; cuando uno habla, el otro ha de responder, y si se calla, es necesario animar la conversación. Esta insoportable obligación hubiera bastado para disgustarme de la sociedad. No encuentro mayor molestia que el tener que hablar siempre y á renglón seguido. Ignoro si es efecto de mi eterna repugnancia hacia toda sujeción; pero basta que me vea en la necesidad imprescindible de hablar, para que diga una necedad infaliblemente.

Y lo peor es que, en vez de saber callarme cuando nada tengo que decir, entonces me agujonea la comezón de hablar para pagar más pronto mi deuda. Me apresuro á balbucear algunas palabras, sin idea ninguna, siendo harto afortunado cuando lo que digo nada significa. Queriendo vencer ú ocultar mi ineptitud, raras veces dejo de ponerla de manifiesto. Entre mil ejemplos que podría citar, he ahí uno que no se refiere á mi juventud, sino á una edad en que, habiendo vivido mucho tiempo en la buena sociedad, hubiera adquirido el tono, las maneras y la conveniente facilidad si eso hubiera sido posible para mí. Estaba una noche en compañía de dos grandes señoras y un caballero á quien puedo nombrar; era el señor duque de Gontaut. Nadie más había en la estancia, y yo me esforzaba por decir algunas palabras, ¡Dios sabe cuáles! en una conversación entre cuatro personas, de las que tres seguramente no necesitaban mi concurso. La dueña de la casa se hizo

traer una opiata que tomaba dos veces al día para el estómago. La otra dama, viéndola hacer visajes, le preguntó riendo: «¿Es opiata del señor Tronchin? No lo creo, respondió la primera con el mismo tono. No creo que sea mucho mejor,» añadió galantemente el chistoso Rousseau⁴. Todos quedaron estupefactos; á nadie se le escapó la menor palabra ni la más leve sonrisa, y en seguida se cambió el curso de la conversación. Tratándose de otra persona, aquella necesidad hubiera podido parecer una chanza; pero dirigida á una mujer harto amable para no haber hecho hablar bastante de sí, á quien yo no tenía el menor intento de ofender, era una burla insultante, y estoy persuadido de que los dos testigos, la otra señora y el Duque, se vieron en apuros para contenerse. He ahí las agudezas que se me escapan por querer hablar cuando no tengo nada que decir. Ésta la olvidaré difícilmente; porque además de ser bastante memorable por sí misma, se me figura que ha tenido consecuencias que me la recuerdan con sobrada frecuencia.

⁴ Pronto veremos una de estas excepciones en el relato que hace en el inmediato Libro IV, cuando habiéndosele concedido, junto con el archimandrita á quien se había juntado como intérprete, una audiencia en el senado de Berna, se vió reducido á relatar de improviso, y sin haber podido prepararse, el objeto y la causa de su misión. Es, además sabido, que en sociedad, cuando el objeto de la conversación le interesaba vivamente, y sobre todo, cuando creía poder contar con la buena disposición de los que le escuchaban, hablaba con tanta facilidad como gracia ó energía, según la naturaleza del objeto. Pero en este punto el más notable testimonio lo ofrece Dusaulex en el relato de un banquete que tuvo lugar en su casa, en 1774, donde se hallaba Rousseau entre personas que veía por vez primera. «Exceptuando alguna nube, ¡cuán amable fué aquel día, Dios mío! Tan pronto, chistoso como sublime. Antes de comer, relirió algunas de las más sencillas anécdotas consignadas en sus confesiones. Muchos de nosotros las conocíamos ya; pero supo darles novedad y aun más movimiento del que tienen en su libro. Yo hasta creo que él mismo no se conocía bastante al decir que la naturaleza no le había dado la elocuencia de la palabra: indudablemente, la soledad había hecho que este don se concentrase dentro de él mismo; pero en los momentos de expansión, y cuando nada le turbaba, rompía como un torrente impetuoso al cual nada resiste.» *De mes rapports avec J.-J. Rousseau, p. 99.*

Lo dicho me parece bastante para hacer comprender cómo, sin ser un tonto, muchas veces he pasado por tal, aun entre personas que estaban en el caso de juzgar con exactitud; y he sido mucho más desdichado, porque cuanta más viveza revelaban mis ojos y mi rostro, tanto más chocante era mi estupidez.

Este detalle, nacido de una circunstancia especial de la narración, no será inútil en el curso de la misma, pues encierra la clave de muchas cosas extrañas que se me han visto hacer y han sido atribuidas á un carácter salvaje, que no tengo en manera alguna. Á mí me gustaría la sociedad tanto como al primero, si no estuviese seguro de aparecer, no sólo con desventaja, sino hasta enteramente distinto de lo que soy en realidad. El partido que he tomado de ocultarme y escribir, es precisamente el que me convenía. En el trato social, nunca se hubiera sabido lo que yo valía, ni siquiera se hubiera sospechado; y esto es lo que le sucedió á la señora Dupin, á pesar de ser una mujer de talento y á pesar de que viví en su casa muchos años; después me lo ha dicho ella misma muchas veces. Por lo demás, esto tiene algunas excepciones como veremos más adelante.

Determinado de este modo el límite de mis alcances, fijada ya la posición á que podía aspirar, sólo se pensó por segunda vez en hacerme seguir mi vocación. La única dificultad que se presentaba, era que yo carecía de estudios y ni siquiera sabía bastante latin para ser cura de aldea. La señora de Warens se propuso hacerme instruir durante algún tiempo en el seminario, á cuyo efecto habló con el superior. Era éste un lazarista llamado Gros, un buen hombre, pequeño, medio tuerto, flaco, canoso, el más despejado y menos pedante de cuantos lazaristas he conocido; lo que no es mucho decir, á la verdad.

Venia algunas veces á casa de mama, que le recibía con agrado, le agasajaba y hasta á veces lo hacia que le atase el

corsé, á lo que él se prestaba con gusto. Durante esta operación, ella iba de uno á otro lado del cuarto, ya hacia esto, ya lo otro; el superior seguía gruñendo con el cordón en la mano y repetía á cada instante: «Pero, señora, no os mováis.» De esto resultaba una escena bastante divertida.

El señor Gros se prestó gustoso á secundar el proyecto de mamá, y, contentándose con una pensión muy módica, se encargó de la instrucción. No faltaba más que el consentimiento del obispo, que no solamente lo acordó, sino que hasta quiso pagarme la pensión, y también permitió que siguiese usando el traje seglar hasta que por la prueba se hubiese visto lo que podía esperarse de mí.

¡Qué cambio tan notable! Pero fué preciso someterse. Iba al seminario como si fuese á un suplicio. ¡Qué triste casa es un seminario para un joven que sale de la de una mujer adorable! Sólo un libro me llevé, que rogué á mamá me lo prestara, y me sirvió de gran consuelo. No es fácil adivinar lo que sería: era un libro de música. Éste era uno de los conocimientos que ella no había descuidado; tenía buena voz, cantaba regularmente y tocaba un poco el clavicordio; había tenido la amabilidad de darme algunas lecciones de canto, y era preciso comenzar en los rudimentos, porque yo apenas conocía la música de nuestros salmos. Ocho ó diez lecciones de canto dadas por una mujer, y aun muy interrumpidas, lejos de ponerme en estado de solfear, apenas me enseñaron la cuarta parte de los signos musicales. Con todo, tal era mi afición á este arte que me propuse ejercitarme sólo. La obra que me llevé no era, de las más fáciles; fueron las cantatas de Clembault; júzguese, por consiguiente, cuál sería mi aplicación y mi empeño cuando, ignorando la trasposición y hasta la cantidad, logré descifrar y cantar sin cometer una sola equivocación la primera parte de la cantata de *Alfeo y Aretusa*, verdad es que esa composición está también medida, que con sólo

recitar los versos con exactitud en el compás, basta para dar con el aire de la misma.

Había en el seminario un maldito lazarista que me tomó por su cuenta y me hizo aborrecer el latín que quería enseñarme. Tenía el cabello lacio, grasiento y negro, cara de pan de especias, voz de búfalo, mirada de lechuza, y por barba cerdas de jabalí; su sonrisa era sardónica, y sus brazos se agitaban como los de un maniquí. He olvidado su odioso nombre, pero su cara repugnante y de aire dulzón me ha quedado impresa en la memoria, y todavía me estremezco al recordarla. Todavía me parece que le encuentro en los corredores alargando su mugriento bonete con un movimiento que quería ser gracioso para indicarme que entrara en su celda, para mí más horrible que un calabozo. Considérese el contraste de semejante maestro con el abate cortesano de quien ya había sido discípulo.

Si hubiese seguido dos meses más á la disposición de aquel monstruo, estoy persuadido de que mi cabeza no hubiera podido resistirlo. Pero el buen señor Gros que observó que yo estaba triste, que no comía, y enflaquecía, adivinó la causa de mi pesar, cosa que no era muy difícil, y, sacándome de aquellas garras, me entregó por un contraste aun más notable, al más afable de los hombres, á un joven abate de Le Faucigny, llamado Gatier, que se preparaba para ordenarse, y que, para complacer al señor Gros, y creo que también por humanidad, condescendió á distraer de sus estudios el tiempo necesario para dirigir los míos. Yo no he visto en la vida más dulzura en rostro humano. Era rubio, con la barba tirando á rojo; su semblante tenía el carácter general de los de su provincia, que parecen muy obtusos, y son, sin embargo, muy despejados; pero lo más notable de aquel hombre era la sensibilidad de su